

SAT JAN 03 2015 01:54:39

Alberto Chimal

Los atacantes

[REC]


PÁGINAS DE ESPUMA

Alberto Chimal

Los atacantes

Alberto Chimal, *Los atacantes*
Primera edición digital: enero de 2017

ISBN: 978-84-8393-597-2

Colección Voces / Literatura 217

El autor completó este libro con apoyo del Sistema Nacional de Creadores de Arte del Fondo Nacional para la Cultura y las Artes de México.

Nuestro fondo editorial en www.paginasdeespuma.com

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

© Alberto Chimal, 2015

© De esta portada, maqueta y edición: Editorial Páginas de Espuma, S. L., 2017

Editorial Páginas de Espuma
Madera 3, 1.º izquierda
28004 Madrid

Teléfono: 91 522 72 51
Correo electrónico: info@paginasdeespuma.com

*a Raquel,
por estar conmigo
en la sala vacía
ante tantas películas de horror*

TÚ SABES QUIÉN ERES

—Sus amigas empezaron a notar que algo pasaba en enero. O febrero, quizá. Mucho tiempo después de que yo comenzara.

»Antes de ese tiempo pudo guardarse todo. La tensión tardó mucho en ganarle. La preocupación. Lo más que Sonia dejó ver fue una serie de detalles de poca importancia, y nadie se molestó en unirlos ni en interpretarlos. Un día cerró su cuenta de Twitter. Poco después cerró la de Facebook. Usaba la segunda un poco más que la primera pero en ambos casos la gente, incluyendo sus amistades cercanas, tardó en enterarse. Luego cambió de número celular. ¿O se dice móvil? No importa. No desechó el aparato que ya tenía: simplemente dejó de usarlo, compró otro (uno más barato: de los que solo sirven para hacer llamadas y no tienen aplicaciones ni acceso a internet ni nada parecido) y pidió a esas amistades más cercanas, por teléfono y por correo electrónico, que anotaran el nuevo número.

»Y después, como algunas de esas amistades tampoco dieron señas de haberse enterado, tuvo que reabrir nuevamente sus cuentas de redes sociales, por un tiempo, para enviar más avisos de su nueva información de contacto.

»(Por cierto, cuando volvió a cerrar esas cuentas tuvo la paciencia de seguir todos los pasos necesarios para borrarlas de veras, que es algo que casi nadie intenta. Vamos, es algo que casi nadie sabe que es posible hacer. ¿Sabías que Sonia podía ser así de persistente? Seguro que sí lo sabías).

»Luego cambió su manera de vestir. A la oficina en la que trabajaba, y esto sí que lo sabes, solía ir con faldas amplias y largas, sandalias y blusas de manta, con manga corta o a veces sin mangas, de muchos colores, y de pronto empezó a llevar trajes sastre, oscuros, con zapatos negros de punta cuadrada, o bien *pants* grises e informes y zapatos tenis. Luego cambió su peinado: solía llevar el cabello suelto o en largas colas y primero lo recogió en chongos muy

apretados; luego le agregó tinte, y lo hizo pasar de su castaño natural, todavía sin una cana, a un negro cenizo, a un rubio opaco, a un rojo vino... Luego se cortó el cabello: mucho. Su peinado parecía "de niño", le dijeron varias personas, y se veía aún más inusual porque ella nunca había usado casi nada de maquillaje. Y, desde luego, porque tiene la cara redonda, la nariz un poco ancha, la piel pálida pero con un rubor perpetuo en las mejillas y los ojos grandes... Una cara de muñeca, le decían en ocasiones parientes, amigos, algún amante. Personas maliciosas de la oficina sugirieron que se había vuelto lesbiana, o bien que siempre lo había sido y por fin dejaba de fingir.

»Nadie, pues, tenía idea. Todavía no.

»Tú, Lina, que eras realmente su mejor amiga, fuiste de las muy pocas en enterarse de que, poco después del corte de cabello, hubo otros cambios más secretos: dejó de ir de casa al trabajo, y de vuelta, por su ruta habitual, que se dividía en un trayecto de autobús y varias calles a pie, y comenzó a optar aleatoriamente por una de entre cinco rutas distintas, todas más largas y costosas; cambió las cerraduras de su departamento; contrató también una segunda línea telefónica, privada, que solo compartió a dos o tres personas incluyéndote a ti.

»Pobre Lina: sí eres un poco tonta. Solo te inquietaste un viernes, mucho después de enero y de febrero (de hecho fue casi en abril), al darte cuenta de esto: encima de todo lo demás, Sonia había comenzado a morderse las uñas.

»Esto era de lo más extraño, le dijiste, en cuanto pudiste hablar con ella a solas. Pusiste tu cara de franqueza y de sinceridad. Ella, Sonia, que siempre había sido tan serena y tan dueña de toda situación, que siempre lograba salir de cualquier dificultad y realizar cualquier tarea imprevista sin que se le notara esfuerzo alguno..., ahora estaba así.

»¿Qué le estaba pasando?, preguntaste. ¿Le estaba pasando algo? ¿Había relación entre esto y sus cambios de costumbres..., de aspecto...?

»Estaban en el pequeño comedor de la oficina, que en realidad es poco más que un armario: un cuartito con

una mesa para dos, una cafetera, una caja de galletas y un pequeño refrigerador. Una burla.

»Por cierto, ¿no te parece deprimente? ¿No es espantosa la vida de las oficinas? La luz venía, viene siempre, de aquel par de tubos largos en el techo: una luz blanca y verdosa a la vez, que apenas deja espacio a ninguna sombra...

»Sonia parpadeó al escuchar tus preguntas. Luego se sentó en una de las dos sillas disponibles y comenzó a llorar a gritos. Bueno, casi a gritos. En cualquier caso te costó mucho calmarla. Nadie le había preguntado nada, explicó. Nadie le había dicho una sola palabra, antes que tú, respecto de lo que le estaba sucediendo. En realidad estaba llorando de alivio, te dijo. En realidad todo aquello era en parte un pedido de auxilio.

»¿Todo aquello?

»Todo esto, te dijo. Había cambiado de aspecto, de costumbres, de datos de contacto y más, para que se notara. Y también, desde luego, para protegerse.

»¿De qué?, le preguntaste.

»Y entonces, Lina, hasta entonces, Sonia te contó. No fue muy coherente. Empezó por la mitad y luego retrocedió, volvió a avanzar y retrocedió de nuevo. Yo puedo contarlo mejor. El comienzo es simple: supe de Sonia, me enteré de su existencia y empecé a acercarme a ella. Eso fue hace unos quince meses. Más de un año de esfuerzos, pero también de felicidad. Y Sonia lo mantuvo oculto de manera admirable casi hasta el final.

»Primero le envié mensajes en internet. Usaba cuentas que había creado expresamente para hacer contacto. Sonia era de esas personas que aceptan conectarse, "amiguarse" sin mucha dificultad y casi con cualquiera. Me confundió con alguien más, o no se fijó demasiado en lo que hacía, y listo.

»Mis mensajes eran así: le decía algo sobre ella misma, de preferencia algo llamativo e importante, y remataba con la misma frase: "Tú sabes quién eres". Esto te parecerá

raro, dado que sabes cómo se manejan las redes sociales en estos tiempos...

»Sí es así, ¿no? Tú eres de las que mandan con frecuencia chistes e imágenes cursis. Usas las redes como cualquiera.

»No importa. Te explico. Decir eso: "Tú sabes quién eres", se acostumbra en mensajes que no van dirigidos a nadie en particular, con la idea de que la persona que debe leerlos lo hará de todos modos y se reconocerá. También se ha convertido en un cliché, como otras frases o "memes" –algo gracioso y sin sentido–, pero esa que te digo es la intención original.

»Le decía a Sonia, pues, cosas como "Te estoy observando. Tú sabes quién eres", o bien "Me encantan tus blusas de colores. Tú sabes quién eres". Al mencionarla a ella directamente, lo que se hace de maneras distintas según la red social que se utilice..., esto seguro que sí lo sabes..., me aseguraba de que ella viera todo lo que quería decirle.

»La intención de ese primer momento de mi aproximación no era que se acostumbrara a mí ni nada parecido: no funciona de ese modo.

»Lo que suele pasar en estos casos pasó aquí: Sonia me bloqueó de sus redes sociales. Hay varias formas distintas de hacerlo, como sabes también.

»Entonces empecé a mandarle mensajes por otros medios. Primero, por correo electrónico. Ese es un canal obvio. Sonia comenzó a recibir mensajes de varias cuentas mías, porque usé varias, similares a los anteriores.

»"Tienes el pelo castaño. Tú sabes quién eres".

»"Tienes el pelo castaño y, pese a que tu trabajo es agobiante y ya tienes treinta y cuatro años, sin una sola cana. Tú sabes quién eres".

»"Desde hace algunos días intentas esconder tu cuerpo con ropa que lo oculta. Feos zapatos. Tú sabes quién eres".

»"Estás asustada desde hace días y estos mensajes no te tranquilizan. Tú sabes quién eres".

»Acepto, Lina, que todo eso que le escribía a Sonia era más bien mediocre. Ni siquiera realmente malo, estéticamente ofensivo, sino rutinario: lo que la gente aprende a esperar de quienes se dedican a acosar a alguien. A *stalkear* a alguien. Así se dice ahora. No me digas que no lo sabías.

»Ya decía yo que tenías que saberlo. ¿Tú qué palabra conociste primero? ¿Acosar? ¿O *stalkear*?

»No contestes. No importa.

»Acepto, digo, que lo que le escribía era mediocre, y también fue mediocre lo que llegué a decirle cuando la llamé por teléfono. Pero parte del efecto deseado dependía de esa mediocridad: los villanos en la vida real deben parecerse a los del cine o la tele. ¿Cómo va a saber la gente que debe tener miedo si los monstruos no son como los que ya conoce?

»Por cierto, claro que la llamé por teléfono. A ti te costó creerlo cuando ella te lo dijo, pero yo siempre era capaz de encontrarla. Por supuesto. Era mucho más fácil que mandarle correos electrónicos. Aquí, otra parte del efecto se logra no dejando jamás un mensaje grabado en una máquina contestadora o un buzón de voz. En el fondo, hacerlo es poco elegante: algunos piensan que es suficiente imaginarse a la otra persona cuando escucha las palabras que se le han dejado, pero no.

»Es agradable, sí, es muy agradable, pero nunca es suficiente.

»Y Sonia no tenía buzón de voz ni mucho menos contestadora, que es un artefacto arcaico. Por supuesto.

»Todo esto te lo contó Sonia, con menos orden, aquella vez, en el cuartito miserable de la oficina. Ella, te dijo, llevaba mucho tiempo sintiendo miedo de mí. Miedo constante. Y por eso había hecho todos aquellos cambios. Tampoco es tan inusitado. Muchas personas que intentan librarse de un acosador se comportan de la misma manera. Creen que es posible simplemente cortar el contacto, hacer perder la pista a quien las busca. De hecho, a veces sí es posible.

»Pero en este caso, como ella te dijo, nada funcionó. Ni los cambios de ruta, ni los cambios de vestuario, ni los cambios de cerradura, ni los de teléfono y correo. Yo siempre me abría paso. Yo siempre lograba encontrarla, observar algún detalle de su vida diaria y hacérselo saber. Cada día. A veces, más de una vez al día.

»Y ahora, te dijo, ella no sabía qué hacer, y nada de lo que había intentado funcionaba, y no sabía si tendría que acabar cambiándose de casa, o de trabajo, o de ciudad, y tenía muchísimo miedo porque estaba sola, totalmente sola.

»Te asombraste cuando te dijo eso, ¿verdad, Lina? Tú debes haberla considerado invulnerable, como casi todos: tan fuerte que nada podía alterarla. Como los demás, tú tampoco viste que su apariencia de fuerza era solo eso: una máscara, una coraza con la que intentaba protegerse del mundo.

»Yo, en cambio, que la he mirado tanto, la he mirado de otra forma: incluso desde lejos, incluso cuando no estaba haciendo nada, cuando estaba de pie en la parada del autobús, o ensimismada leyendo algo en su teléfono, o revisando algún papel en la oficina, yo era capaz de entrever lo que estaba pensando: de adivinar lo que sucedía en su interior. Esto no es normal: esto fue el primer signo de que lo nuestro era algo distinto. Especial. ¿No te has preguntado por qué, si en realidad era tan fuerte como parecía, no intentó defenderse sino cambiando lo que tenía más a su alcance, su apariencia física, sus movimientos, sus contactos personales? Realmente podría haberlo dejado todo atrás: haber tomado un autobús o un avión, cualquier día, sin avisar, a una ciudad en la que no conociera a nadie. Podría haber abandonado todo para intentar comenzar de cero. No le hubiera servido de nada, pero nunca lo hizo. Nunca lo pensó siquiera.

»Cuando estuvo contigo en la oficina, mientras te contaba todo lo que llegó a contarte, no te dijo que tenía tanto miedo de la incertidumbre como de mí: que le aterraba la idea de perder sus rutinas, sus asideros de cada día,

su ingreso fijo, y que cada concesión y cada cambio le habían costado sangre. ¿Recuerdas que usaba esa frase? “Me costó sangre”, decía, y hablaba de arreglar un estado de resultados o mandar unos memorandos. Pero muy en el fondo, muy en lo profundo de ella, cada esfuerzo era una batalla terrible. No era una persona realmente capaz de valerse por sí misma, de enfrentar la vida adulta. ¿Sabes que el exmarido del que nunca decía el nombre –y que, por cierto, se llamaba León– no la dejó en realidad? ¿Que no fue siquiera su marido? Ella canceló la boda, la miserable bodita civil que ambos habían preparado juntos, una semana antes de la fecha prevista. Porque le había dado miedo. Porque no se sentía preparada para cambiar así su vida. El pobre idiota quedó destrozado. Y ella también. Poco después encontró trabajo en la oficina, poco después entraste tú...

»Sus arranques eran todos privados, de puertas adentro, más tremendos mientras menos probabilidad hubiera de que alguien se enterara. Por rabia o por miedo, o por ambas cosas a la vez, en un momento dado, por ejemplo, Sonia borró todos los mensajes que yo le había mandado hasta entonces. Todos. Era un modo de “negar” que estuviesen allí, por supuesto, que hubiesen existido. Y no se detuvo ahí. También destruyó su teléfono de antes, en el que había recibido mis primeros mensajes. ¡Literalmente lo hizo pedazos con un martillo!

»Otro modo pueril de engañarse, y uno que tuvo consecuencias perjudiciales para ella, porque la única vez que intentó pedir ayuda de la policía..., y no sabes cuánta “sangre” le costó, incluso, abrir el sitio web de la procuraduría, ver los requisitos, encontrar la oficina a la que debía ir..., esa única vez, te digo, no pudo presentar ninguna prueba de ser víctima de un acoso. El oficial que la atendió, y que no tenía el menor interés en su caso, ni siquiera levantó la vista cuando le dijo que le faltaban documentos probatorios. Ni siquiera hizo la pregunta que solía hacer: “¿Y usted no lo habrá provocado de alguna manera?”. Ni a esa humillación consiguió llegar la pobre Sonia.

»Poco tiempo después le mandé los mensajes de lo que ahora llamaría la recta final. Alguno fue por correo electrónico, otro por teléfono, y así sucesivamente. El último de todos fue una novedad. La primera de las notas que le pasé por debajo de su puerta, escritas con mi vieja máquina de escribir.

»Ella solo te habló de una nota, pero en realidad fueron siete. Todas las rompió y las tiró a la basura, pero yo recuerdo lo que decían. Escucha.

»Uno: "En general me gusta meterle miedo a la gente. Tú sabes quién eres".

»Dos: "En general me gusta meterle miedo a la gente, pero contigo es distinto. Tú sabes quién eres".

»Tres: "Estoy descubriendo que no quiero solo una noche de locura contigo. Tú sabes quién eres".

»Cuatro: "Me estoy sintiendo más y más atraído por ti. Tú sabes quién eres".

»Cinco: "Creo que voy a quedarme contigo para siempre. Voy a entrar y no voy a salir. Tú sabes quién eres".

»Seis: "¿Tú sabes quién eres? ¿Lo sabes de veras, Sonia, mi amor? Tú sabes quién eres. ¡Tú sabes quién eres! ¿Tú sabes quién eres? Tú sabes quién eres".

»Ese mensaje, Lina, por cierto, me parece un mensaje más complejo, más difícil que los anteriores. ¿Notas la entonación distinta que lleva cada repetición de la frase? ¿El *sentido* distinto? ¿Lo ves? Es algo sutil.

»Yo me sentía forzado, compelido, a repetirle esa frase una y otra vez, porque de hecho no estaba seguro de que ella supiera.

»¿Tú piensas que Sonia sabía quién era ella misma? Yo creo que no. Casi nadie lo sabe. Tú no lo sabes, Lina. Sin duda que no. Y probablemente nunca te lo has preguntado. Sonia sí. Llegó a preguntárselo, tal vez dos o tres veces en toda su vida, en momentos de crisis, de los que asustan a tantas personas porque obligan a pensar más profundamente, a quedar a solas con la propia conciencia. Sonia llegó a tener esos momentos. Nada salió de ellos pero eso no importa. El que hayan ocurrido fue otro signo:

otra señal de que esto no era otra relación fugaz, otra persecución que acabaría solamente en un rato de placer y de juegos y nada más.

»Y luego, por fin, la última nota. De esa sí que te habló Sonia. Y te dijo lo que yo le dije: que estaba decidido, que iría por ella, que la iba a penetrar durísimo. Esa palabra usé yo: *durísimo*, y ella la repitió. Yo se lo prometí. Voy a cumplir, le dije, le escribí, y ella arrugó la hoja, que había recogido de su piso, y la rompió, y recogió los pedazos y los quemó, y por un momento pensó en quemar su departamento, o quemarse ella, rociarse de aceite y prenderse fuego, pero al final se sintió ridícula con el encendedor en una mano y la botella de aceite de oliva en la otra, sola en su cocinita, y tiró los objetos al suelo y los pateó y lloró, sola, porque estaba aterrada.

»Le dije también lo otro que te contó. Que iría el sábado. Ese sábado, le dije. El sábado yo iba a ir por ella. Y no había manera de evitarlo.

»Eso te dijo. ¿Recuerdas?

»Y entonces tú le dijiste, qué generosa eres, Lina, le dijiste que por qué no se iba contigo a tu casa. Esa noche. La del viernes al sábado. Y también la del sábado al domingo, por qué no. Tuviste la idea de que actuando así, de improviso, sin plan previo, sería más difícil que alguien supiera dónde estaban. A Sonia le pareció algo increíble. Que tú fueras tan generosa con ella. Y ahora que te veo me parece que tú lo pensaste también: que te arrepentiste de inmediato y que no supiste cómo zafarte de tu propia oferta, pero lo hubieras hecho de haber podido. Debes haber pensado, como piensa tanta gente ahora, que la bondad es lo mismo que la estupidez.

»¿No?

»Y allí se fueron. Al salir del trabajo. La llevaste al autobús que tú tomas, y del cual bajas hasta el final del recorrido para tomar un segundo autobús. Y luego, en vez de caminar las cinco cuadras que sueles caminar desde el paradero en el que dejas ese autobús, tomaron un taxi. Le dieron indicaciones equivocadas dos veces, para que el

conductor diera vueltas de más. Eran más de las once cuando bajaron del coche. No había nadie en el callejón al lado de tu calle, donde las parejas suelen meterse a cachondear y a veces hasta a tener sexo si están borrachas o drogadas o solo se sienten atrevidas. Había gente a lo lejos, comiendo tacos en el puesto callejero de dos calles más al sur, y la luz del puesto era casi la única en toda la calle.

»Y entonces llegaron aquí, a tu casa, que es en realidad un departamento pequeñito, ¿eh? Peor que el de Sonia. Si me permites que te lo diga, ¿cómo puede nadie decirle casa a estas viviendas de porquería de ustedes? Una persona apenas más alta que tú tendría que agacharse para entrar. Qué miseria de vida. Entiendo que tu tía te cobre una renta reducida, que casi te esté dejando estar aquí por caridad, pero qué mierda de lugar. Y qué mierda de sillón tienes para las visitas. Sonia se sentó en él y no sabía cómo acomodarse. Los resortes le picoteaban los muslos. Claro, no dijo nada. Intentaba convencerse de que aquí podría estar a salvo. Se estaba abandonando un poco desde entonces: a la suerte, al azar, a tus decisiones. ¿Recuerdas cómo te aceptó sin chistar la taza de té que le diste? No le gusta la manzanilla. Tampoco se sentía cómoda con el camisón que le prestaste, y que le quedaba grande. Y brevemente, cuando la tomaste de los hombros y luego la abrazaste, se preguntó si tú serías lesbiana: si querías algo con ella. Luego entendió que no, claro. Y luego tú te fuiste a tu cuarto, y cerraste tu puerta, y ¿cerraste con doble vuelta la cerradura como una precaución inusitada? ¿O es tu costumbre?

»No me respondas. No hace falta. Si vieras la expresión de tu cara te darías cuenta de que eres transparente. Hubieras sido capaz de quedarte encerrada y no salir jamás de haber pensado que había peligro.

»Pero, claro, no te diste cuenta de nada. Te dormiste. Sonia se durmió también. Y yo –pese a todo: pese a todos sus esfuerzos, pese a todo lo que ambas habían deseado y esperado– vine. Llegué a la medianoche. Justo cuando comenzaba el sábado. Encontré el sitio sin problemas. Pude pasar sin que nadie me viera. No hay puerta ni cerradura

que me detenga. Entré aquí, a esta sala. Llegué hasta este sillón, en el que Sonia dormía, y la miré un momento. Indefensa. Totalmente indefensa. Inconsciente. Dormida, olvidada de sí. Ya perdida como se pierden todos, tarde o temprano.

»La miré, y luego, sin que ella pudiera hacer nada, la penetré.

»La penetré durísimo. ¡*Durísimo!*

»Ah, cómo la penetré. Derribé todo. Rompí todo. Llegué hasta el fondo. Y en el momento culminante supe que lo nuestro era especial: que era para siempre. Me había pasado mucho tiempo buscando a alguien como ella, sin saberlo, y la había encontrado por fin. No me iría jamás. ¡No me iré jamás!

»¡Jamás!

»Y entonces fui y te desperté. Y primero no entendías qué pasaba, y después no quisiste salir, y luego te convencí, y apenas ahora empiezas a entender.

»No tienes de qué preocuparte, claro. Ya está todo hecho y no hay forma de volver atrás.

»Lo único que no sé es si Sonia, como yo le insistía y le insistía, supo en aquel momento..., en el instante en que encontró su propio destino, podríamos decir..., quién era ella realmente. No sé si esa respuesta llegó a aparecer en su conciencia: si tuvo esa claridad al final, esa respuesta a todas las preguntas de su indecisión y su miedo y sus rutinas patéticas, sus pasos tan pequeños y leves por el mundo.

»Ya no importa, claro. Y, por otra parte, estoy seguro de esto: que al menos por un instante ella sí supo, para siempre, quién soy yo. ¿Te gustaría saber a ti también? – concluye Sonia.

(Su voz se oye como siempre: no es más gruesa, no suena distorsionada de ninguna manera).